

Des-restauración y ciudad: tres historias y un propósito posible

José Ignacio Casar Pinazo, arquitecto de la Generalitat Valenciana, ALPRM (Asociación Libre de Profesionales de la Restauración Monumental)

Introducción

¿Sería legítimo demoler las casas que componen la manzana este de la Plaza de Zocodover y retirlas a su primitivo emplazamiento, y con ello devolver a la Plaza Mayor de Toledo su primitiva y articuladora traza?

¿Sería legítimo dismantlar el Balcón del Corregidor en Guadix y volverlo a colocar al otro lado de la plaza eliminando además el arco añadido en la restauración de los años cuarenta?

¿Sería legítimo construir en la valenciana Plaza de la Reina para recomponer la perspectiva de la puerta barroca de la Catedral y reestablecer la relación original entre el edificio y su inmediato entorno urbano?

La des-restauración como concepto, o como actitud, tiene un campo de análisis determinado cuando se aplica de forma individualizada a los monumentos, pero aumenta en complejidad y en consecuencias, cuando se intenta aplicar, aunque sólo sea en el campo teórico, al conjunto histórico, a la “ciudad monumental” o a ese patrimonio extenso que es el territorio. Las decisiones de des-restauración urbana son más complejas, económicamente más costosas, socialmente más debatidas; implican a más actores y pueden llegar a tener consecuencias sociales directas e inducidas, algunas de ellas graves, y, en el peor de los casos, pueden dar lugar a operaciones lucrativas.

Indagar y reflexionar sobre estas y otras dudas motivan mi participación en este oportuno debate sobre la des-restauración.

Una sucinta aproximación al concepto

Las decisiones de des-restauración monumental se justifican desde un punto de vista científico desde dos premisas básicas:

1. La primera consiste en el conocimiento “suficiente” –nunca podrá existir un conocimiento total y exhaustivo, a pesar de Harris y de la arqueología de la arquitectura- de situaciones anteriores a la actual.
2. La segunda premisa se sustancia en una valoración crítica y negativa de las intervenciones que han sido realizadas sobre el monumento; esta valoración negativa puede formularse, a su vez, desde tres análisis no excluyentes:

El primero, desde la constatación de daños producidos por operaciones que devienen incompatibles con los comportamientos materiales y/o estructurales de los edificios.

El segundo, desde la negativa valoración de aportaciones que desfiguran las imágenes o las conformaciones tipológicas que consideramos más favorables a los valores reconocidos del monumento.

Y el tercero, desde el rechazo a modificaciones que han creado nuevas imágenes de los monumentos sin procurar su enriquecimiento conceptual, formal o material.

En función de los estudios integrales y transdisciplinares que se desarrollen sobre los monumentos se podrá otorgar la calificación de “actuación des-restaurable” a aquellas intervenciones que participen, en mayor o menor grado, de las dos premisas anteriores. Una vez identificadas y nominadas, las “actuaciones des-restaurables” han de ser evaluadas y tamizadas por el proceloso cedazo de la reversibilidad, concepto contrario por su propia naturaleza a las cualidades del patrimonio arquitectónico. Este camino, complejo y lleno de trampas, ha de ser recorrido desde presupuestos epistemológicamente contrastados y debe ser apoyado por investigaciones completas sobre la materia, investigaciones en las que la valoración arquitectónica ha de jugar un papel preeminente.

Todo lo cual significa que si bien se puede lograr cierto consenso respecto a la calificación de “actuación des-restaurable”, resultará mucho más complejo conseguirlo respecto a la puesta en marcha de lo que puede denominarse “acción de des-restauración”.

Con todo, las decisiones de des-restauración edilicia se toman en el ámbito científico de la intervención monumental. Lo que significa que tienen sus foros de discusión más o menos integrados y más o menos transdisciplinares y pueden llegar incluso a ser objeto de consenso técnico, político e incluso social. Cabe formular una cuestión previa que resulta necesaria consensuar para continuar con el discurso: Des-restaurar se puede aplicar a todas aquellas actuaciones que han sido concebidas y efectuadas para conservar el edificio –y esto vuelve a ser un terreno resbaladizo-, no a aquellas que han venido motivadas por reformas, ampliaciones o modernizaciones de antiguas fábricas. Como resulta necesario ejemplificar para fijar las ideas, debemos consensuar que las modificaciones que realizaron Carlos Fernández-Casado sobre el acueducto de Segovia o Antonio Fernández Alba sobre el viaducto de Madrid, modificaciones que alteraron profundamente los conceptos estructurales de ambos edificios y que hoy están superadas por los avances y el consenso técnico, fueron actuaciones de conservación; como también lo fueron las actuaciones de consolidación muraria y restitución de Martorell, Ferrant, Almagro, Grassi y Portaceli sobre el teatro romano de Sagunto, algunos con más escrúpulo científico y otros con menos fortuna mediática.

Lo que desde luego no puede calificarse de restauración es el extendido proceso de transformación espacial hacia conceptos tipológico-espaciales y decorativos clasicistas y barroquizantes que se desarrollaron entre los siglos XVII y XVIII en las iglesias valencianas. En otra línea diferente, cabrían las dudas respecto al proceso que vivió la catedral de Valencia, cuando tras la guerra civil de 1936/1939 el arzobispado encargó al arquitecto diocesano Vicente Traver el desmontaje del coro, la recomposición del presbiterio y la construcción del baldaquino, obras desarrolladas entre 1940 y 1941. Aunque no cabrían dudas y por lo tanto son merecedores del apelativo de actuaciones de restauración, los procesos que vivieron las iglesias también valencianas de san Agustín, santa Catalina y san Juan del Hospital, consistentes en la fortificación de sus fábricas y en la eliminación de la transformación de orden barroco-clasicista que les había sido impostada en periodos anteriores; la propia catedral de Valencia sufrió también un proceso parcial parecido, que tuvo incidencia incluso en los aspectos exteriores del edificio, como luego se comentará.

Y habría dudas, por lo menos por mi parte, para calificar como una actuación de conservación a la actuación de Rafael Moneo al redefinir para el Banco de España los parámetros formales del solar que ocupaba la desaparecida Banca Calomarde, conocida también como palacio de Lorite. Esta última actuación tiene, desde una doble vertiente, componentes propios de la disciplina que nos ocupa: la primera es la consideración del gran edificio como un reconocido conjunto edificatorio que ha ido recibiendo a lo largo de su dilatada vida las aportaciones necesarias para completar su funcionamien-

to. La segunda es la necesidad de un análisis desde una distancia más lejana, no por ello más relativa, quizá con mayor compromiso social, como es el análisis urbano de la ciudad en cuanto monumento, memoria, seña identitaria y espacio vital de la ciudadanía. Este análisis proporciona sobre la actuación del Banco de España una doble, contradictoria e interesante lectura: sirve para proponer la extensión de la propuesta formal de la Institución por las esquinas de la calles Alcalá y Marqués de Cubas, pero sirve también para denostar la negación del proceso histórico de la ciudad que supone el derribo del Palacio de Lorite. Y, en mi opinión, la historia, en sus múltiples acepciones, es el principal material con el que trabajamos; negar esa historia, o hacer “tabla rasa”¹ de sus huellas materiales no comporta valores positivos. Por más que una actuación nos guste o nos produzca fruición estética o delirio arquitectónico, el método y el rigor patrimonial deben imponerse.

Por otra parte, y en este breve intento de enmarcar las cuestiones básicas que afectan al concepto que nos ocupa, hay que señalar que las decisiones de des-restauración conllevan, ineludiblemente, decisiones de recreación. Y esto es así puesto que nunca se tienen todos los datos ni todos los conocimientos para su ejecución, por lo que se convierten, desde su propia esencia, en opciones paralelas a aquellas que van a ser objeto de la acción desrestauratoria. Así, con plena contradicción, las opciones de des-restauración responden a conceptos similares a las anteriores opciones de restauración, de las que se distancian infinitamente por las distintas valoraciones que el pensamiento contemporáneo, estrictamente contemporáneo, formula sobre cada una de ellas. Es ésta, y probablemente no otra, la principal distancia: una distancia relativa que se vincula y depende de las cuestiones básicas de la interpretación monumental, que son la memoria y esa manía, permanentemente presente, que tenemos los humanos, y aún más los que nos dedicamos a la manipulación intensiva de la memoria construida, de reescribir la historia desde distintos parámetros, más actuales o pretendidamente más científicos y mejor documentados. En cualquier caso hay que tener claro que la historia, tal y como expresa Rubio Llorente, se reescribe desde el futuro, como también describimos el presente desde el futuro. No en razón de lo que somos, sino de lo que queremos ser.

Como se ha señalado antes, las “acciones de des-restauración”, como fórmula crítica de la intervención sobre los monumentos, necesitan de dos premisas básicas sin las cuales la des-restauración no puede o no debería existir. La primera premisa es que la actuación que se pretende des-restaurar provenga de una acción de restauración sobre el monumento, acción de restauración entendida como parte de un proceso de mayor complejidad que convenimos en denominar conservación del monumento o del bien. La segunda premisa deriva directamente de la anterior y hace referencia a la imprescindible acotación temporal de las actuaciones de des-restauración: no se puede pensar en que los complejos procesos de transformación y adición que caracterizan a una significativa parte de las principales arquitecturas españolas sean procesos de conservación, sino simples –a pesar de la inmensa complejidad que a veces entrañan– procesos de modernización desde el doble enfoque de las nuevas necesidades funcionales y de la incorporación de los nuevos gustos estéticos, reflejos ambos incuestionables del progreso social. La des-restauración puede existir a partir del momento en el que las actuaciones sobre los monumentos tienen carácter de restauraciones, por lo que, *in extremis*, la calificación puede variar de un caso a otro.

Si antes identificábamos las actuaciones de intervención sobre el patrimonio e intentábamos clarificar cuáles podían ser consideradas como actuaciones de conservación o de refuncionalización, mejora, reestilización, etc., debemos clarificar las acciones de des-restauración:

Sería des-restaurar eliminar los arcos-contrafuertes implantados por Stern y Valadier en el Coliseo de Roma, como también lo sería eliminar la escalera exterior propuesta por Dezzi Bardeschi para el

palacio de la Ragione en Milán, o eliminar la restitución de Grassi y Portaceli en Sagunto, o la evocación de Araujo y Nadal en las ruinas de San Francisco en Baeza. Pero a mi juicio, y contraviniendo la opinión de Basile², no fue des-restauración la eliminación de los pequeños campanarios que Bernini había construido sobre el Panteón de Agripa ya que su adhesión había tenido una clara intención religiosa o ideológica, o ambas a la vez, ni tampoco lo fueron las obras de fortificación y repristinación de lo gótico llevadas a cabo en significativos edificios de la ciudad de Valencia entre los años 1945 y 1982, a las que antes aludíamos.

Desde luego si son plenas des-restauraciones las obras llevadas a cabo por Antoni y José Luis González Moreno-Navarro en la cripta Güell, proponiendo soluciones alternativas y mejoras funcionales a la manera precipitada y confusa con la que se había finalizado la cripta tras la muerte de Gaudí, y también son des-restauraciones las, a mi juicio, inadecuadas y poco acertadas obras de eliminación de las plementerías barrocas del presbiterio de la tan traída y llevada Catedral de Valencia, obras que, en el colmo des-restauratorio, se llevan a cabo a renglón seguido de la restauración de las propias plementerías que resultan eliminadas como consecuencia de la misma actuación, como valenciano, miembro de la Academia del Paltal y ponente en esta III Bienal de la Restauración Monumental, solicito 10 segundos de silencio para evocar a un desconocido e importante arquitecto de la Valencia castellana, Diego Ponce Martínez de Urrana, cuya obra, en mi ciudad, algunos han decidido eliminar.

Tres historias urbanas

Volvamos a las tres cuestiones iniciales. La Plaza de Zocodover en Toledo, centro social por antonomasia de la ciudad histórica y acceso tradicional en el camino a la Catedral y al Alcázar, que resultó asolada en su frente este durante la Guerra Civil española. Las imágenes tomadas tras la conquista de la ciudad por las tropas franquistas muestran los desastres del ímpetu minador de las tropas republicanas y de la numantina defensa del coronel Moscardó. La reconstrucción de la Plaza de Zocodover y de su entorno fue encomendada al arquitecto Aristides Fernández Vallespín, quien debido a su pronto fallecimiento, desarrollaría allí quizá su mayor empeño profesional. En 1942, según podemos saber por los artículos que publicó en *Reconstrucción*³ las obras estaban ya en marcha.

Fernández Vallespín trazó por lo menos dos proyectos para el nuevo edificio que reemplazaba al conjunto de casas afectadas por las voladuras. El primero de ellos, que tiene fecha de noviembre de 1940, respetaba la traza urbana previa, de tal forma que el Arco de la Sangre, los soportales y la calle y la travesía de Santa Fe se reconstruían en su emplazamiento original; el proyecto planteaba una solución edificatoria única para el conjunto, y alcanzaba una dimensión longitudinal de cerca de 80 metros lo que propiciaba una edificación unitaria de gran escala cuya arquitectura, sin embargo, era en su configuración proyectual deudora de las preexistencias residenciales.

Entre febrero y marzo de 1942 redacta otro proyecto en el que introduce significativas modificaciones: Adelanta la fachada principal buscando la alineación con las casas que forman la embocadura de la plaza con la cuesta de las Armas y amplía significativamente la anchura de la calle de Santa Fe y de su Travesía incluyendo un chaflán para relacionar ambas vías. Esta actuación, según relató el propio Fernández Vallespín, fue criticada y denostada en la prensa. Hoy, sesenta y cinco años después, en la plaza no se han producido más renovaciones edilicias y sus visitantes se sorprenden más por los cartelones que todavía invocan el homenaje de la ciudad imperial a los prohombres del Régimen anterior, que por la nula calidad urbana de la calle Santa Fe o por la desestructuradora rela-

ción de la Travesía de Santa Fe con la plaza. La desmesurada escala del edificio contrasta con el reducido tamaño de los huecos; la proliferación de toldos uniformemente repartidos y el carácter falsamente histórico de su arquitectura contrastan con la natural yuxtaposición del resto de los inmuebles de la plaza: la rígida seriación hace evidente su carácter ahistórico.

El Plan Especial del Casco Histórico de Toledo define a la Plaza de Zocodover como *sector monumental p1*, lo que determina la protección efectiva de la edificación que la compone y la primacía del peatón frente al tráfico rodado. Como actuaciones específicas, el plan propone la *restauración coherente de los frentes* mediante un *proyecto unitario* que determine los materiales a emplear y la restitución de los valores que hubieran sido alterados, la *minimización de los reclamos publicitarios* y la *complementación del arbolado*⁴.

Evidentemente, ninguna referencia a una posible restauración de la trama.

En Guadix, también tras la Guerra Civil se produjo una trascendente transformación de su Plaza Mayor, que además, por si fuera poco, pasó a llamarse de Onésimo Redondo. La Plaza Mayor estaba presidida, en su lado oeste, por el Ayuntamiento de la Ciudad al que enfrentaba en el lado este de la plaza el llamado Balcón de Corregidores. Esta construcción, que este año hubiera cumplido sus primeros quinientos años de vida, estaba formada por una arquería abierta de dos alturas con un número par de vanos. Servía para que los corregidores de la ciudad participaran de las fiestas, procesiones y desfiles que se desarrollaban en la plaza; su función tenía un alto contenido simbólico y era el lugar de referencia, por antonomasia, de la ciudad⁵.

La transformación, justificada en la necesaria reconstrucción tras el devastador incendio de 1936, no sólo consistió en una regularización de las alineaciones, sino sobre todo en trasladar el Balcón de Corregidores desde la fachada Este a la Oeste, convirtiéndolo además en pórtico del Ayuntamiento y subsanando algunas de sus *deficiencias compositivas*:

El arquitecto Santiago Sanguinetti expone con total impunidad las manipulaciones llevadas a cabo: *Tenía el Balcón destruido ocho intercolumnios de 3,30, a excepción del tercero de la derecha, algo mayor para dar acceso fácil a la calle de comunicación con la Plaza de la Catedral. Su longitud total era de 28,50 y constaba de una sola crujía, con dos arquerías abiertas, la baja con arcos rebajados y la principal con arcos de medio punto... Así se ha construido, introduciéndose en él varias mejoras. Se le ha dado una mayor longitud, 32,00 metros, se distribuye en nueve intercolumnios de 3,35 m con lo que tenemos un número impar y un eje de simetría lógico, obteniéndose así una mejor colocación de los escudos y la desaparición de la anomalía de los intercolumnios desiguales*⁶.

Desde luego, se trata de una de las manipulaciones patrimoniales más extravagantes, gratuitas y modificadoras de las que se tiene noticia. Con todo, es más que probable que esta modificación no sólo esté asimilada por la población sino que sea ignorada y que los accitanos se preocupen más por la presencia de los símbolos que dan mudo testimonio de los autores de esta felonía que por una recuperación de la disposición original. El traslado del Balcón y su vinculación al Ayuntamiento supuso la pérdida de un elemento arquitectónico de excepcional interés en la definición escenográfica de la plaza mayor de la ciudad. Uno de sus principales valores, su consideración como edificio abierto que servía exclusivamente para esa función tan específica y propia de la ciudad como es ver y ser visto, fue el principal motivo que determinó su traslado y con ello su desaparición como pieza arquitectónica. En palabras de Sanguinetti *Por su composición arquitectónica, por su disposición en planta y alzado, una sola crujía y una doble arquería abierta, revela que tenía un fin puramente plástico y representativo, sin carácter utilitario alguno: desde él presenciaban los Corregidores, autoridades accitanas y señores de la Ciudad, las procesiones y fiestas públicas.*

Además de estos valores reconocidos vinculados a la definición de la Plaza Mayor, hay que destacar el interesante papel urbano que jugaba el Balcón de Corregidores en la definición de un elegante y sofisticado zócalo que se integraba en las vistas lejanas de la Catedral. Hoy este papel de referencia visual ha desaparecido por completo. En el lugar del Balcón se construyó el edificio de Correos, cuya forzada composición es un buen exponente de las dificultades de cerrar la plaza con una pieza de arquitectura convencional.

El planeamiento municipal en redacción incluye el conjunto de la Plaza Mayor dentro del Catálogo de edificación protegida, pero no se plantea alteración alguna de la actual situación edificatoria.

La reforma urbana de Valencia, a pesar de las malas valoraciones en el pensamiento disciplinar y en las referencias bibliográficas que tienen hoy en día las trasformaciones de la ciudad antigua, se presentó como una acción de conservación sobre el tejido de la ciudad, como la única acción que podía garantizar la supervivencia de un tejido que empezaba a languidecer y que necesitaba fuertes acciones de renovación. Esas componentes ideológicas enmascaraban otras más pragmáticas, y también ideológicas –que duda cabe–, destinadas a transformar rentas de localización en incrementos de capital inmobiliario.

Dos tipos de operaciones se contemplaban en la reforma de la ciudad. El primero proponía la definición de nuevos ejes para el aumento de la movilidad y de la conectividad, y con ello propiciaba una inteligente operación de transformación inmobiliaria que generaba nuevas y selectas residencias en la ciudad antigua para las capas sociales emergentes y, al mismo tiempo, desahuciaba y expulsaba al inquilinato a los ensanches y extrarradios, creando así una nueva demanda inmobiliaria que permitía duplicar el ciclo acumulativo. El segundo tipo de actuaciones actuaba de coartada y estaba destinado a la definición de nuevos espacios de relación y de reconocimiento social; entre otras actuaciones se contemplaba la creación de la gran plaza de la que carecía la ciudad. Al fin y al cabo, la Plaza del Mercado no era y no es más que un espacio inundable no edificado, y la Plaza del Ayuntamiento era y es una ancha avenida de imposible geometría.

La Plaza de la Reina se convertía así en el futuro gran espacio de la ciudad antigua. Con mayor o menor dimensión, vinculada o no a la fachada sur de la Catedral, manteniendo o tirando la iglesia de santa Catalina, la reforma de la ciudad a través de sus múltiples autores y propuestas contemplaba la creación de la plaza. En esa dinámica urbana, en la que los cambios políticos no tuvieron la menor incidencia, no resulta extraño que en 1940, recién finalizada la Guerra Civil, el ayuntamiento valenciano dedique sus primeras partidas expropiatorias a la reforma urbana lucrativa –la continuidad de la apertura de la avenida del Oeste– y a la que se podría llamar reforma onerosa –la adquisición de los inmuebles cuya desaparición permitirá el trazado de la futura Plaza de la Reina⁷. Años después, hacia 1945, el Ayuntamiento, preocupado por las tensiones sociales que producen los derribos en el ámbito, lanza un plebiscito popular en el que poco a poco se van decantando los valencianos a través de las encuestas y manifestaciones que recogen los periódicos de la época.

Finalmente se llegará a convocar en 1950 un concurso para resolver los problemas de concepto, de escala y traza, de respeto a la edificación existente que plantea la actuación. Este concurso tendrá amplia respuesta en medios profesionales y será objeto de diversas publicaciones. Entre ellas la realizada en la Revista Arquitectura de 1951 que recoge las bases del concurso, las principales propuestas y el acta delirante del jurado que evidencia el enfrentamiento entre los estamentos políticos y los técnicos que lo componen⁸.

El resultado, ya conocido, es la mayor plaza de la ciudad, a la que se accede por calles de segundo orden –con la excepción de la calle de la Paz, producto a su vez de una operación precedente de

reforma urbana-, en la que se desarrollan funciones de residencia que hoy evolucionan a terciario de ocio, sin ningún tipo de comercio de diario –las importantes ferreterías y librerías que existían se han trasladado hace un par de años-, definida por una arquitectura de limitada calidad puesto que las piezas que integran la escena se concibieron para espacios urbanos menos dilatados, carente de una ordenación funcional que permita su disfrute por los ciudadanos, sin un área estancial, con aceras restringidas a pesar del tamaño del ámbito, ocupada por los accesos del aparcamiento subterráneo que hay debajo y por un intercambiador de transporte y sin equipamiento alguno que se vincule a ella, excepción hecha de la Catedral, y ésta, casi de casualidad.

Otra vez la dichosa Catedral. Pero además está el sangrante asunto de la calle de Zaragoza, calle que fue abatida por la piqueta y que decidió vengar su desaparición con la pérdida de una de las perspectivas más interesantes y novedosas de la arquitectura barroca española. La creación de la Plaza de la Reina y la consiguiente demolición de la calle de Zaragoza constituyen el mejor ejemplo de cómo “destrozar un monumento sin tocarlo”⁹.

Voces técnicas intentaron ya que este desbaratado espacio urbano no naciera, pero el tesón municipal pudo con ellas. Si el vaciamiento introducido no fuera suficiente agresión, durante las actuaciones de restauración llevadas a cabo en el templo mayor entre 1970 y 1983, se produjeron diversas demoliciones que afectaron no sólo a la fábrica principal, sino a la configuración de la escena urbana que definía el entorno de la Catedral. Así la calle del Miguelete perdería su fachada este, que sería sustituida por una nueva e imposible fachada de ladrillo visto y la Plaza de la Virgen vería aumentada su profundidad virtual al producirse la demolición de la llamada “Obra Nova” trazada por Gaspar Gregori en 1566, 50 años después de la primera construcción del Balcón de Corregidores de Guadix.

Por supuesto que el planeamiento municipal no contempla ninguna actuación de recomposición de ninguno de estos tejidos, ni de la calle del Miguelete ni de la Plaza de la Reina. Quizá un dato más explica las dificultades del ámbito: es tan central la Plaza de la Reina que en ella concurren tres de los cinco planes especiales que ordenan la ciudad antigua.

Pero en este caso, hay algo más que debe ser tenido en cuenta. En el año 1998 el Colegio de Arquitectos de la Comunidad Valenciana convoca un concurso de ideas sobre la Plaza de la Reina, con la intención de ofrecer al Ayuntamiento de la ciudad *una propuesta de intervención urbana que ordene y configure la Plaza de la Reina, que permita recuperar dicho espacio urbano como pieza emblemática de la ciudad y que ponga fin a un largo proceso de reformas insatisfactorias*¹⁰. El resultado, avalado por un jurado de reconocido prestigio formado por Juan Navarro Baldeweg, Francisco Mangado y Rafael Moneo, y por los arquitectos valencianos Vicente Casanova, Román Jiménez y Josep Maria Sancho, otorga un primer premio y cuatro segundos premios *ex aequo*. De los cinco proyectos premiados sólo dos plantean tímidamente alguna acción de recomposición edificatoria de la plaza; los argumentos a favor de la tensión que produce en el corazón de la ciudad antigua un espacio de estas dimensiones y la consideración de hecho histórico que merece la apertura de la plaza son lugares comunes en las memorias de las plicas ganadoras¹¹.

Aproximaciones iniciales al concepto de des-restauración desde el punto de vista urbano

Estas tres historias permiten entender la imprescindible necesidad de reflexionar sobre el concepto de des-restauración aplicado al tejido urbano. La alteración de alineaciones de la Plaza de

Zocodover se convierte en una infeliz divagación al lado de la irrespetuosa y cínica recreación de la Plaza Mayor de Guadix, y ésta, a pesar de su frivolidad, transmite el concepto de espacio construido que está ausente de la actuación de Valencia. En Toledo se reconstruyó un edificio de carácter institucional donde antes había viviendas; en Guadix se reconstruyeron viviendas, el Ayuntamiento y se añadió la sede de Correos y Telégrafos. En Valencia sólo se construyó un aparcamiento en el subsuelo, acompañado de unos tristes jardines y de una concurrida parada de autobús; como resultado añadido, hay que señalar que escasísimas actividades urbanas tienen como marco espacial la Plaza de la Reina.

Lo que resulta evidente es que todavía no existe una praxis urbana capaz de aportar soluciones concretas a este tipo de problemas. Para una actuación de des-restauración edilicia siempre se podrá encontrar una justificación más o menos creíble de estabilidad material, de pureza étnica o de valoración de los tremendos daños que se están infringiendo a un edificio; ¿Y por qué no para una actuación de des-restauración urbana?

Existen, pero no se aplican, recursos teóricos suficientes para recolocar los edificios de la Plaza de Zocodover. Y existen, pero tampoco se aplican, recursos materiales. La situación de Guadix podría ser enmendable, y por ello sería interesante plantear una propuesta para recolocar el Balcón del Corregidor y, con ello, se pulsarían las opiniones que confluyeran. El debate siempre se debe construir desde la aportación común de todos los ciudadanos. En el caso de Guadix, la pieza alterada tenía un alto valor simbólico, un alto valor ciudadano y un significado valor patrimonial; la des-restauración de la actuación de los años cuarenta y subsiguiente restauración de la situación anterior permitiría comprender el sentido funcional y formal del Balcón, en una época, la actual, en la que las funciones diletantes se comprenden y valoran.

En Valencia, sin embargo, ya se han manifestado aquellos que mantienen preocupaciones sobre la ciudad desde sus posicionamientos profesionales o desde sus responsabilidades políticas, pues es conocido que ni la tímida propuesta de los vencedores del concurso convocado por el Colegio de Arquitectos para la Plaza de la Reina ni otras emanadas desde otros ámbitos han conseguido el respaldo municipal¹².

Y en este contexto, ¿cómo actuar? Lo primero que se debe hacer es considerar que estas actuaciones que, de una manera u otra, con mayor o menor justificación, han contribuido a desfigurar y a empobrecer la ciudad, no se pueden incorporar sin más al acervo histórico de modificaciones y trasformaciones del tejido urbano. En este sentido no resultan aceptables criterios de partida como los expresados con motivo del concurso de Valencia: las reflexiones de “la gran tensión” que producen en la ciudad colmatada los espacios abiertos no son más que justificaciones derivadas de una cierta práctica profesional que permite llenar luego ese gran espacio con los más diversos delirios objetuales.

Lo segundo, será valorar los daños ocasionados al tejido urbano, pero no sólo desde un punto de vista derivado exclusivamente de la práctica conservacionista sino derivados también de los fenómenos de uso y de disfrute de la ciudad. El reconocimiento patrimonial de la ciudad histórica ha proporcionado un conjunto de elementos de análisis urbano que, en las ciudades antiguas, alcanza especial significado: Así los conceptos estructura y tejido urbano, el sistema de espacios libres y la red viaria, la caracterización morfotológica y la definición arquitectónica son capaces, en su conjunto, de proponer una clasificación para las actuaciones de reforma urbana que determine su compatibilidad con la ciudad. En este tipo de análisis los conceptos de traza, escala y calidad material son determinantes, como lo es el análisis de las relaciones entre trama y arquitectura. Por otra parte, el análisis de los parámetros de uso y disfrute

te de la ciudad necesita de recursos transdisciplinares que las ciencias de la geografía, la sociología y la economía han de aportar.

El tercer punto de vista deriva de las oportunidades que plantea una actuación de este tipo. Recordemos dos aspectos que analizábamos cuando se planteaba la des-restauración edilicia; se hablaba de cómo la lectura de la historia se hace siempre desde el futuro, no en función de cómo somos, sino en función de cómo queremos ser y se hablaba también de la des-restauración como un hecho recreador ante la imposibilidad de reconstruir un pasado que fue eliminado por “pernicioso”.

Des-restaurar en la ciudad ha de tener una misión propositiva para la mejora del tejido, pero sobre todo para la mejora de las funciones urbanas, de aquellas funciones que queremos encomendar a la ciudad como máxima receptora de las habilidades sociales y de las propuestas de integración de nuevos usos. En esta integración de los objetivos y de las metodologías de conservación patrimonial y de acrecentamiento de las cualidades urbanas de las ciudades residen sinergias añadidas todavía no exploradas por dos actividades –la restauración monumental y la conservación de la ciudad– que, en ocasiones, se miran con cierto e incomprensible desdén.

A modo de traca final

¿Sería un mal sitio la Plaza de la Reina para un centro como la madrileña *Casa Encendida*, acompañado de un número importante de viviendas de precio controlado? Una propuesta como ésta u otra parecida ejemplificarían tanto una evidente visión política de la ciudad, como una visión propositiva de la gestión patrimonial que devolviera a la ciudad sus puntos de vista, sus perspectivas, sus recorridos, pero también sus habitantes, sus capacidades y sus visiones dialécticas.

¿No habría sido preferible destinar toda la inversión que se está depositando en el zócalo sur del Alcázar de Toledo para reordenar la Plaza de Zocodover e instalar en ella las nuevas dependencias del Museo del Ejército, recuperando así ese principio básico de la ciencia urbana que vincula los equipamientos ciudadanos a los espacios libres?

¿Acaso no está pidiendo a gritos la Plaza de Guadix la reconversión del edificio de correos con un nuevo balcón, pero esta vez asimétrico y accesible para todos los accitanos? Un nuevo balcón que devuelva ese carácter de foro público que tenía el que desapareció, un nuevo balcón que en su enfrentamiento dialéctico al del Ayuntamiento incite al compromiso personal con la participación y el gobierno de la ciudad.

Precedentes para este tipo de actuaciones hay; al menos se conocen algunos. En el lejano Madrid del alcalde Tierno Galván se desmontó el llamado “scalextric” de Atocha, operación concebida como una de las cinco principales medidas para cambiar la ciudad. En Valencia, por ejemplo, los planes especiales de 1984 decidieron, con rigor urbano y patrimonial, la demolición de dos edificios que apoyados en las operaciones de reforma urbana de la primera mitad del XX cuestionaban las nuevas políticas de conservación del patrimonio urbano. Eran edificios de carácter residencial de diez u once plantas de altura; el procedimiento fue largo y hubo que esperar casi 15 años para que esos desgraciados edificios desaparecieran. Hoy nadie los recuerda e incluso la mayor parte de la gente duda de que hayan existido.

Curiosamente ningún político publicitó su demolición ni acudió a dar el primer golpe con una piqueta de plata como la que el Ayuntamiento de Barcelona obsequió a Alfonso XIII cuando acudió a inaugurar las obras de apertura de la Vía Layetana.

Y...

Notas

- ¹ Agradezco la expresión a Miguel del Rey, catedrático de Proyectos de la ETSA de Valencia.
- ² Cf. BASILE, G. *La desrestauración a la luz de la teoría de Cesare Brandi*, en este mismo volumen.
- ³ FERNÁNDEZ VALLESPÍN, A. Orientaciones sobre la reconstrucción de Toledo. *Reconstrucción*, núm. 9, febrero 1941, pp. 9-15 y Resurrección de la Plaza de Zocodover en *Reconstrucción*, núm. 33, mayo 1943, pp. 167-176
- ⁴ BUSQUETS, J. *Toledo y su futuro. El plan especial del Casco Histórico*. Toledo: Ayuntamiento de Toledo, 2000, p. 248
- ⁵ He de agradecer la generosa respuesta de don Francisco Raya Alguacil, arquitecto municipal de Guadix, a mi petición de imágenes actuales del Balcón y a las diversas consultas que le he formulado sobre el planeamiento municipal vigente.
- ⁶ SANGUINETTI, S. El nuevo ayuntamiento de Guadix y el balcón de Corregidores. *Reconstrucción*, núm. 96, noviembre diciembre 1949, pp. 317-325 y Obras de la Comarcal de Guadix en *Reconstrucción*, núm. 123, enero 1954. Según cita Sanguinetti el autor del proyecto de reconstrucción fue el arquitecto Francisco Robles.
- ⁷ CASAR PINAZO, J. I. Valencia, ciudad y patrimonio: 1939-1957. Preliminares en *La Conservación del patrimonio en España. Bajo el signo de la Victoria. El primer Franquismo*. ESTEBAN CHAPAPRIÁ, J. Y CASAR PINAZO, J.I. (ed), en prensa.
- ⁸ EL concurso de la Plaza de la Reina. *Revista Nacional de Arquitectura*. Núm. 118 Madrid, 1951, pp. 1-13. También es interesante una sesión de Crítica de Arquitectura que tiene lugar en 1955 –recogida también por la revista *Revista Nacional de Arquitectura*, núm. 172, Madrid, 1956, pp. 32-50- en la que ya nadie cuestiona el tamaño ni la génesis del dilatado espacio público que se está produciendo; la mayor parte de los participantes en el debate –entre los que figuran Chueca, De Miguel, Gutiérrez Soto, Muñoz Monasterio, Larrodera y Bidagor-, se limitan a apostar por el mantenimiento, y en consecuencia no-renovación del caserío que define la plaza, como resultado de los derribos ya producidos o en ejecución, que nadie cuestiona. Tan sólo Jenaro Cristos apuesta por la conservación del caserío que enfrenta a la catedral.
- ⁹ En acertadas palabras del arquitecto Francisco Taberner.
- ¹⁰ Base Primera del Concurso de Proyectos Urbanos de la Plaza de la Reina. NOGUERA, J.F. (ed) *Catálogo de la Exposición de las propuestas presentadas al Concurso de Proyectos Urbanos de la Plaza de la Reina*. Valencia: COACV, 2000, p. 9.
- ¹¹ Así puede leerse en la Memoria del proyecto Plinio: “Acepta el estado real de la plaza y readecuar los mecanismos de su percepción es el motivo de la propuesta”. p. 61. En la Memoria del proyecto Benz: “...se propone: 1. Una valoración positiva de espacio público que proporciona el vacío existente, creando un lugar para la sociabilidad y la vida colectiva...”. p. 49, NOGUERA, J.F. Obra citada. El primer premio correspondió al equipo formado por Miguel del Rey, Íñigo Magro y Antoni Gallud. Los segundos premios *ex-aequo* correspondieron a los siguientes equipos: José Font, Luis Fco. Herrero y Carlos Lacalle; Alberto Roy Gaspar, José M^o Tormo y José Soria; Vicente M. Vidal, Luis Alonso de Armiño, Ciro M. Vidal, Ivo M. Vidal, Eva Martínez y Teresa Soto; y, finalmente, a Juan Pablo Mas Millet.
- ¹² El Plan Director de la Catedral plantea la necesidad de estudiar el desastre urbano generado por la demolición de la casa del Magister en 1971, así como la conveniencia de reponer una cubierta a la Logia de los Canónigos con el fin de evitar ese aspecto de falsa fachada, de telón urbano que ahora tiene. Plan Director de la Catedral; Planes de actuación; Plan de estudios e investigaciones p. 6/7 y Plan de intervenciones p. 2/5, Luis Fco. Herrero, arquitecto coordinador.



Plaza Mayor de Guadix, antes de 1936. Fuente: Archivo Torcuato Fandila



La Plaza Mayor o de las Palomas; el nuevo ayuntamiento y Balcón de Corregidores. Guadix (Granada), 2006, octubre. Foto: F. Raya Alguacil



La Plaza Mayor o de las Palomas; la Catedral y el edificio de correos desde el Balcón de Corregidores. Guadix (Granada), 2006, octubre. Foto: F. Raya Alguacil



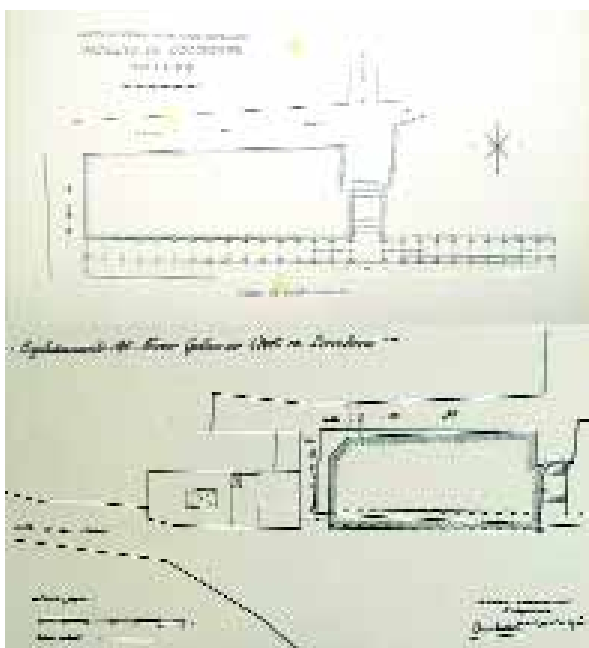
Como fondo de perspectiva de la calle de Zaragoza, el ciudadano se encuentra con la belleza justa de la puerta barroca de la Catedral, y a la distancia precisa. Fuente: *Revista Nacional de Arquitectura*, núm. 172, 1956, p. 43



La plaza de Zocodover antes de la destrucción. Fuente: Publicada en *Reconstrucción* núm. 9, 1941, febrero, p. 10



*Plaza de Zocodover. Emplazamiento del Gobierno Civil, antes de comenzar las obras. Fuente: Publicada en *Reconstrucción* núm. 33, 1943, mayo, p. 163*



*Proyecto de Zocodover, plano de emplazamiento y emplazamiento del Nuevo Gobierno Civil en Zocodover. Ambos documentos reflejan la evolución del proyecto de Aristides Fernández Vallespín. Fuente: Publicada en *Reconstrucción* núm. 9, 1941, febrero p. 13; *Reconstrucción*, núm. 33, 1943, mayo p. 168*



Proyecto de Zocodover, Vista de la fachada principal, Toledo. Fuente: Publicada en *Reconstrucción*, núm. 9, 1941, febrero pp. 12 y 13



España, Valencia, Panorama tomada de la Torre San Martín. Fuente: Estereoscópico de Ernest Lamy



Perspectiva de la Puerta de Alcalá y la plaza de Cibeles, Madrid. 2006, noviembre. Foto: J. I. Casar Pinazo